

Editorial

**Filósofos extranjeros y tradición
americana**

Hernán Neira
Universidad de Santiago de Chile^φ
hernan.neira@usach.cl



Siguiendo una tendencia que se desarrolló en América desde el primer tercio del siglo XX, se instaló, decenios más tarde, en la filosofía chilena, el debate sobre si existe o no la filosofía americana. La respuesta, afirmativa, la dieron los hechos: en las últimas décadas se ha constatado una creciente autovaloración de la filosofía americana, la multiplicación de cátedras que la integran en la formación de los alumnos, su inclusión en las bibliografías y el incremento proporcional de proyectos de investigación sobre temas orientados por una mirada chilena o americana presentados a los distintos sistemas de financiamiento de Conicyt. Ese es el contexto desde el cual me parece pertinente abordar el tema de la contribución de los filósofos extranjeros en Chile, hoy. Entiendo por “filósofo extranjero” aquel que ha realizado lo principal de su formación cultural, escolar y universitaria fuera de Chile. No es una esencia ni una asunto de nacionalidades; un filósofo extranjero puede dejar de serlo por vínculo y contribución al desarrollo de la filosofía local y por cierto que hay filósofos filosóficamente apátridas o híbridos, quizás la mayoría.

Hagamos algo de historia. Sobre el ítalo-alemán y ex alumno de Heidegger, Ernesto Grassi, quien trabajó en la Universidad de Chile de 1951 a 1955, Juan Rivano publica, en 1964, *La América ahistórica y sin mundo del humanista Ernesto Grassi*, donde realiza un severo juicio sobre el pensador italiano tras conocer la publicación en 1959 de las cartas que Grassi dirigió a Castelli desde Chile y que fueron publicadas bajo el título “Ausencia de mundo”. Rivano le reprocha a Grassi:

para él no hay más historia que la ha venido a encapsularse en la desventura de dos o tres países europeos; solo de esta historia sabe hablar (115).

^φ Director de *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía*. Director del Instituto Enzo Faletto y académico del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades, Universidad de Santiago de Chile

Más adelante:

Las cosas que dice [Grassi ...] manifiestan llanamente la pretensión de aplicarse a toda la América del Sur. Ocurre con él como con otros antropólogos sudamericanos que dicen cosas muy 'profundas' sobre 'el fenómeno general de la vida americana', pero que en particular no son capaces de distinguir el cochayuyo del luche (121).

Por último, le reprocha "mirar y no ver" (Rivano: 130).

El motivo de las duras afirmaciones fue el título mismo de las cartas: "Ausencia de mundo". Rivano no lo menciona, porque entonces no estaba publicado, pero hoy conocemos, por la lectura del curso de Heidegger dado en 1929/1930 y titulado *Grundbegriffe der Metaphysik. Welt – Endlichkeit – Einsamkeit*, que la ausencia de mundo es uno de los juicios más duros que este pueda pronunciar sobre la capacidad filosófica, y se relaciona con los seres que o bien son piedras (no tienen "mundo"); o bien con los animales, los cuales "carecerían" de mundo; o bien con quienes están en el estado de caído. En los tres casos el resultado sería una absoluta incapacidad de filosofar. ¿Insinuaba Grassi con el título *Ausencia de mundo* que los mismos americanos y chilenos que le invitaron a enseñar metafísica en la Universidad de Chile son filosóficamente como las piedras? Varias de las cartas citadas por Rivano lo sugieren: Grassi, en el fondo, ni habría conocido la filosofía americana ni habría entendido la filosofía, ni la cultura, ni el paisaje del país que le acogió, pero pretendía lo contrario, descalificando *a priori* algo que nunca llega a comprender. Entre Grassi y Rivano hay cierta reciprocidad: Grassi afirmaría la incapacidad de filosofar de los americanos y Rivano la incapacidad de Grassi de entender el mundo americano, incluyendo el filosófico.

La polémica no quedó allí. La supuesta incapacidad americana de filosofar reverberó en boca de algunos profesores en las principales universidades chilenas durante el período en que fueron intervenidas militarmente y la consecuencia era que un alumno formado entonces tenía mejor consideración por sus docentes y quizás mejores calificaciones si adhería a ese eco. El argumento pretendía pasar por filosófico, pero era ciegamente político: la intervención militar de las universidades vino acompañada de la intervención de los departamentos de filosofía, cuyos jefes participaron en la sospecha algo paranoica de que lo americano era subversivo. Así las cosas, resultaba imposible siquiera ver que entre los filósofos que se apoyan en la tradición americana encontramos la misma diversidad política que en otros campos de la sociedad.

Ha pasado medio siglo desde esa polémica. Corregida, parcialmente, la deformación producida por ese eco, no me parece que los reproches hechos por Rivano a Grassi sean aplicables a ninguno de los filósofos extranjeros que actualmente trabajan en nuestras universidades –o al menos a los que he conocido– quizás porque se ha ido constituyendo el consenso sobre el hecho de que sí existe filosofía latinoamericana y/o chilena, del mismo modo

que existe, en Europa, una filosofía francesa, alemana, española, británica, y de otros países, cada una con un talante singular. Las singularidades de la expresión y de la práctica filosófica no empobrecen a esta última; la filosofía tiene múltiples expresiones, algunas de las cuales se asocian a culturas y países, y lo que pueda llamarse *filosofía* se constituye por el conjunto de ellas.

Ahora bien, el impulso que ha tenido la filosofía americana en Chile en las últimas décadas podría llevar a pensar que en el futuro necesitamos exclusivamente filósofos nacionales para desarrollar la filosofía chilena. Sostengo que eso es una tesis equivocada y que la presencia de filósofos extranjeros en Chile puede contribuir al desarrollo de la filosofía chilena y de la filosofía en Chile. Cuando un extranjero llega a otro país y trabaja sobre un tema filosófico que recibe especial atención en la nación de acogida, la filosofía local, lejos de empobrecerse, se ve enriquecida, y en muchos casos las visiones más profundas o novedosas sobre un tema local provienen de quienes justamente no son del lugar. No es extraño que Derrida, un filósofo francés, se haya constituido en uno de los más lúcidos e innovadores pensadores en relación a la filosofía alemana, pero se cuidó, para ello, de familiarizarse con la cultura y la lengua alemanas.

Las comunidades que desarrollan las ciencias naturales suelen ser multiculturales y multinacionales, lo que es posible porque su instrumento de trabajo no es el lenguaje natural y forman una subcultura dentro de la cultura, como bien mostró Lyotard en *La condition postmoderne* (1978). En cambio, el lenguaje de la filosofía es más bien una reelaboración del lenguaje natural y su terreno es el de la cultura, la que requiere familiaridad compartida con dicha cultura, lo que explica que en ella se dé una multiculturalidad menor que en las ciencias naturales, pero nunca nula. La llamada filosofía griega clásica fue multinacional, pero tenía por base una lengua común expandida por mezcla de medios militares y culturales, aunque con diferencias dialectales. La filosofía puede enriquecerse con la multiculturalidad y multinacionalidad, pero no de cualquier modo, como veremos en el párrafo siguiente.

José Gaos llegó a ser el más mexicano de los filósofos españoles durante la segunda mitad del siglo XX. Él es un ejemplo de las posibilidades de enriquecimiento de la filosofía americana por parte de un filósofo extranjero. Gaos, aparte de ser un estudioso, promotor y traductor del historicismo, se dio la molestia de estudiar en profundidad tanto la cultura como la filosofía mexicana, dando lugar a trabajos notables, entre los cuales se puede destacar *En torno a la filosofía mexicana* (Ed. Porrúa, México 1952-1953) y *Filosofía mexicana de nuestros días* (Imprenta Universitaria, México 1954), donde contribuye a poner en relieve la obra de Vasconcelos, Zea y O'Gorman, entre otros filósofos mexicanos. En realidad, hoy ya no sabemos si Gaos era filosóficamente español o mexicano, porque su obra superó esa frontera, no por desconocer la tradición filosófica mexicana, sino por profundizar en ella mejor que muchos.

Tal vez nuestros colegas extranjeros todavía escuchen, de epígono nacional,

en alguna institución universitaria, el eco de que en Chile o en América falta tradición filosófica sobre, con y desde la cual realizar el trabajo. La respuesta a ese dilema ya la hemos visto: los hechos lo desmienten, pero a esos hechos podemos agregar un argumento. Huberto Giannini planteó que la filosofía no se origina en la filosofía, sino en la cultura y la experiencia cultural. En sus propias palabras:

preguntémosnos: ¿qué condición parece indispensable para que se produzca un auténtico y continuo movimiento de reflexión filosófica? La existencia de una tradición; ésta, la respuesta de Ernesto Grassi. Sin embargo, nadie querrá sostener que esa “tradición” deba ser siempre filosófica, pues esto sería un cuento de nunca acabar [...] Y cuando nació la filosofía, en cierta medida, ya todo había sido dicho: dicho en el mito; con su densa simbología, en la poesía, en la tragedia. La filosofía aparece como un nuevo modo de enfrentar esas mismas cosas que desde antes habían sobrecogido al hombre; un nuevo modo de volverse sobre esa experiencia común, (o tradición) para reconocerla y “purificarla” en el lenguaje menos inquietante, más diáfano, del logos. La filosofía, frente a la narración mítica, se inaugura, como una catarsis (Giannini, 1978: 29).

En efecto, si para filosofar se requiriese siempre de una tradición *filosófica* previa, nunca habría surgido filosofía alguna.

Hoy podemos ir más allá de las palabras de Giannini, que ya cumplen cuarenta años. En la actualidad, en América, no existe solo una experiencia filosófica realizada a partir de la literatura y el mito, sino una tradición filosófica. Muchos de los mejores filósofos americanos se han formado y han contribuido al desarrollo de las tradiciones locales europeas. Algunos lo hacen pretendiendo escribir como europeos; otros, incorporando un talante y una cultura americana, como Gaos —nótese que ya le llamamos “americano”—, y cada vez más filósofos en Chile toman por objeto directo de la reflexión filosófica a América, lo que no es del todo distinto a lo que hicieron Herder, Gramsci, Heidegger, Hayek, Ortega, Sartre, Derrida, Habermas y Sloterdijk respecto sus países. Que algunas universidades desconozcan la tradición americana o, peor aún, la nieguen, es solo muestra de su ignorancia y del no haber superado la etapa o estilo colonial del pensamiento. Por “etapa o estilo colonial de pensamiento” designo aquella en que se sostuvo o sostiene que solo hay tradición y/o filosófica en los países que fueron coloniales en una fracción temporal que discurre desde el siglo XVI hasta finalizada la Segunda Guerra Mundial. Manifestación de esa condición colonial es el desprecio institucional, como durante mucho tiempo ha sucedido en el Grupo de Filosofía de FONDECYT, por las editoriales y publicaciones americanas, como si se ignorase que la influencia y el prestigio filosóficos son fruto, también, de la capacidad comercial de algunas editoriales y de situaciones geopolíticas, y no siempre de la calidad del contenido. En cambio, es necesario agregar que mucho han contribuido algunos filósofos “extranjeros” a enriquecer y disminuir los conflictos de interés favorecer que los proyectos de investigación propuestos en

Chile sean examinados también en otros países, disminuyendo los conflictos de interés propios de una comunidad tan pequeña como lo es la comunidad filosófica chilena.

La continuación del colonialismo filosófico no tiene necesariamente por eje a los filósofos extranjeros, sino principalmente a algunos de los nacionales y a algunas instituciones o áreas de enseñanza de filosofía, cuando no piensan o no se atreven a pensar sin que dicho pensamiento sea validado previamente por su referencia a un filósofo reconocido fuera de Chile –mejor si está muerto. Correr el riesgo de realizar una experiencia filosófica –como reclamaba Giannini- no cabe en todas las instituciones universitarias, donde la experiencia filosófica es sustituida por el comentario del comentario de la experiencia de terceros, lo que permite la veneración de filósofos muertos –que no es lo mismo que su estudio- al precio del descuido por los temas vivos, muchos de los cuales, además, hoy son planetarios y, por lo mismo, de manifestación también local. La reverencia sacerdotal es contraria a la vida filosófica: un filósofo no debe arrodillarse ante un gran autor, sino estudiarlo críticamente. Por eso, la expresión “filósofo colonial” es contradictoria: un filósofo nunca es colonial, ni podría serlo, porque la filosofía piensa, y el pensamiento requiere la experiencia de la tradición, de primera mano, y por lo tanto, vuelta a valorar y a veces desechada, siempre el libertad.

La filosofía americana incluye por igual a los americanos que lo hicieron sobre temas o autores europeos y a aquellos que lo hacen con, desde o sobre la tradición americana: lo importante no es tanto una u otra tradición, sino asegurarse de que no se excluya de la enseñanza y de la tradición a los filósofos que reflexionaron sobre aquellos temas cuya perspectiva es necesariamente distinta según la posición del autor o de su cultura, como son los temas ligados a la libertad, a la historia, a la cultura y al mismo ser humano – esto último lo digo sabiendo que el concepto mismo de lo humano está en disputa.

Invito, entonces, a los filósofos extranjeros que residen en nuestro país a practicar tres gestos filosóficos. El primero: profundizar las experiencias y las tradiciones filosóficas americanas, a estudiar a los autores que escribieron en América, pensando en América o desde América, aunque no hayan sido americanos. El segundo: a hacer como cuando un americano llega a algún país europeo y estudia los filósofos locales, o como algunos de los mismos filósofos extranjeros hizo trasladándose a completar sus estudios a otra nación, y estudió allí a los autores locales, además de compenetrarse de su cultura y su lengua. Y el tercero y principal: los invito a leer a los filósofos que *hoy y aquí, en América, están escribiendo y publicando*, que somos sus colegas, y que los acompañan y dan la bienvenida para realizar en conjunto la experiencia desde la cual surge la filosofía, lo que supone valorizar la cultura y las publicaciones filosóficas locales. Así fortaleceremos la tradición de la filosofía americana, que poco a poco se volverá común. Entonces cesará la distinción entre el extranjero y el que no lo es, también en filosofía.

Referencias bibliográficas

Rivano, Juan (1964), *La América ahistórica y sin mundo del humanista Ernesto Grassi*, Santiago de Chile: Ediciones de la Revista Mapocho, Tomo II, N° 1.

Heidegger, Martin (2004), *Die Grundbegriffe der Metaphysik: Welt - Endlichkeit - Einsamkeit*, Alemania: Ed. Klostermann.

Liotard, Jean François (1989), *La condición postmoderna*, Madrid: Ed. Cátedra

Gaos, José (1980), *En torno a la filosofía mexicana*, Ed. México: Ed. Porrúa.

_____ (1954), *Filosofía mexicana de nuestros días*, México: Imprenta Universitaria.

Giannini, Humberto (1978), "Experiencia y Filosofía (A propósito de la filosofía en Latinoamérica)", en: *Revista de Filosofía*, Vol. XVI, n° 1-2, Universidad de Chile, Santiago, diciembre de 1978, pp. 25-32.